

LA LENGUA SÁNSCRITA O EL UMBRAL DE UNA REVOLUCION LINGÜÍSTICA

Hilton Alers Valentín

En 1786, Sir William Jones, un jurista británico en la India y fundador de la Real Sociedad Asiática, observó que el sánscrito, lengua sagrada de ese país, guardaba una afinidad sistemática con el griego, el latín, el inglés, y otras lenguas antiguas y modernas de Europa. Ese año Jones presentó sus hallazgos en una ponencia que dictó a la Sociedad Asiática y que apareció publicada dos años más tarde (1788) en el primer número de la revista *Asiatic Researches*. Citamos de su estudio las palabras en las que parece contenerse el programa de trabajo para la lingüística comparada del siglo XIX:

“la lengua sánscrita, sea cual fuere su antigüedad, posee una estructura admirable. Es más perfecta que el griego, más rica que el latín y más refinadamente exquisita que ambas. Con ellas tiene una finidad tal, tanto en lo que se refiere a las raíces verbales como por lo que atañe a las formas gramaticales, que no ha podido originarse accidentalmente. Hasta tal punto es fuerte la afinidad, que ningún filólogo podría examinar las tres lenguas sin pensar que proceden de una fuente común que, acaso, ya no existe. Hay, además, una razón semejante, aunque no tan concluyente, para suponer que tanto el gótico como el céltico, mezclados con otra lengua muy distinta, tienen idéntico origen que el sánscrito. También el antiguo persa podría ser asociado a la misma familia.”

Este señalamiento determinaría la preocupación lingüística que predominaría durante el siglo XIX: establecer el parentesco genético entre estas lenguas. Aunque la lingüística histórico-comparativa se inicia formalmente en el primer cuarto del siglo diecinueve con las

obras de F. Schlegel (1808), F. Bopp (1816), R. Rask (1818) y J. Grimm (1822), a partir de los pronunciamientos de W. Jones, este quehacer lingüístico, histórico por sus objetivos de reconstrucción de una lengua ancestral común y comparativo por la metodología utilizada, puede inscribirse dentro de una antigua y general preocupación por los orígenes de las lenguas y del lenguaje mismo. Los intentos de explicar la amplia diversidad de lenguas podrían remontarse, si bien con una preocupación más teológica que científica, al relato genésico de la Torre de Babel.

Ya en el siglo XII el Primer Gramático o Anónimo Islandés había afirmado el origen común entre el inglés y el islandés: “tenemos la misma lengua, pese a que o bien en una de ellas se han producido muchos cambios, o bien en ambas se han dado bastantes”. Dante señaló en su obra *De vulgari eloquentia* que, tras la dispersión de Babel, llegó a Europa una de tres ramas. Una de ellas se estableció en las zonas meridionales y de ella se engendraron tres lenguas vulgares: “pues unos afirman con el vocablo *oc*, otros con *oïl* y otros con *sí*”. Así mismo indicó que “está probado que las lenguas vulgares de estos tres pueblos derivan de un único o idéntico idioma porque muchas cosas reciben en ellos los mismos nombres, como *Dios, cielo, amor, mar, tierra, es, vive, muere*, y otras muchas palabras”.

En 1610 se publica póstumamente la obra de J.J. Escalígero, *Diatriba de Europaeorum linguis*. Éste agrupa las lenguas europeas en once familias o lenguas matrices, ninguna de las cuales tiene que ver entre sí. De éstas, siete son consideradas matrices menores, por tratarse de lenguas de menor extensión. Las otras cuatro se denominan matrices mayores, por ser más extendidas y engendradoras de dialectos, y son identificadas con la palabra Dios: lenguas *Deus* (las latinas), *Théos* (la griega), *Godt* (las germánicas) y *Boge* (las eslavas). Esta concepción de la evolución independiente de las lenguas, según la cual carecen por consiguiente de un ancestro común, representa una tesis poligenética del lenguaje.

Por otra parte, Leibniz, en su *Brevis designatio meditationum de originibus gentium*, de 1710, toma partido por las tesis contraria, el monogenismo, y señala que “no hay argumento alguno que contradiga la tesis del origen común de todos los pueblos y de una lengua básica primitiva”. Aunque Leibniz propone que están emparentadas varias lenguas que hoy sabemos que pertenecen a

familias no relacionadas, y deja fuera otras que sí están emparentadas, es más acertado en su tesis sobre la evolución lingüística, al plantear como posible factor el cambio en virtud de la “mezcla y deformación” de lenguas.

No fue William Jones el primero en observar la afinidad entre el sánscrito y otras lenguas europeas. En 1588 el padre Sassetti escribió sobre el parecido entre algunos vocablos del sánscrito y del italiano. Dos siglos más tarde, en 1767, el padre Coeurdoux le pidió a la Academia Francesa una opinión sobre las razones de la asombrosa similaridad entre el sánscrito, el griego y el latín. Ese mismo año, James Parson publica su estudio *Los restos de Jafet*, en el cual demuestra sistemáticamente la afinidad entre el irlandés y el gaélico y propone la similaridad entre las familias lingüísticas celta, griega, itálica, germánica, eslava, índica e iraní. Sin embargo, no es sino hasta la aparición del estudio de Jones que se comienza a considerar formalmente que el sánscrito pertenece a esa gran familia de lenguas que hoy conocemos como indoeuropeas.

El sánscrito era la lengua de la India antigua y debió de hablarse alrededor del año, 1,500 a. C. Como sucedió con otras lenguas (v. gr. hebreo, latín y árabe) su evolución quedó detenida en el modo arcaizante de los usos litúrgicos y de cierta literatura culta. Mucho después de esta fecha se seguían escribiendo en sánscrito tanto textos religiosos como literarios. De este modo, los *Vedas* y el *Ramayana* cubren un periodo que va del 1800 al 500 a. C. Debemos observar que durante ese tiempo no era el sánscrito la lengua hablada, sino más bien las lenguas derivadas del sánscrito. Los investigadores del siglo XIX pudieron observar que la lengua sánscrita, cuya antigüedad rebasaba en un milenio los textos griegos y latinos más arcaicos, mostraba un sorprendente parecido con ciertas lenguas europeas, tanto por lo que se refería al léxico como por lo que tocaba a la estructura gramatical.

En cuanto a las semejanzas léxicas, conviene limitar la comparación a vocablos fundamentales, es decir, términos que designen entidades que gocen de un alto grado de permanencia o estabilidad en una sociedad, de suerte tal que pueda descartarse la posibilidad de préstamo léxico. Así, el estudio comparativo se concentra en los nombres de parentesco, los numerales y ciertos vocablos básicos. Observemos las correspondencias en los términos de parentesco en sánscrito, griego y latín:

La lengua sánscrita o el umbral de una revolución lingüística

<i>Sánscrito</i>	<i>Griego</i>	<i>Latín</i>	<i>Gótico</i>	
ma:tár	me:te:r	ma:ter	mo:dor	'madre'
pitár	paté:r	pater	fadar	'padre'
bhrá:tar	phrá:ter	frater	brother	'hermano'

También en los numerales podemos hallar claras correspondencias:

<i>Sánscrito</i>	<i>Griego</i>	<i>Latín</i>	<i>Gótico</i>	
ekas	heís	unus	ains	'uno'
dva:	dúo:	duo	twai	'dos'
trayas	treîs	tre:s	thrija	'tres'
catva:ras	téttares	quattuor	fidwor	'cuatro'
pañca	pénte	quinque	fimf	'cinco'
sat	héks	sex	saihs	'seis'
sapta	heptá	septem	sibun	'siete'
asta:	októ:	octo:	ahtau	'ocho'
nava	ennéa	novem	niun	'nueve'
dása	déka	decem	taihun	'diez'

Las semejanzas en algunos vocablos básicos es indiscutible:

<i>Sánscrito</i>	<i>Griego</i>	<i>Latín</i>	<i>Gótico</i>	
ávis		ovis	eowu	'oveja'
náus	nâus	navis		'nave'
ná:vah	néwos	novus	ne:owe	'nuevo'
pá:t	pô:s	pe:s	fo:t	'pie'
yugám	zugón	iugum	juk	'yugo'
bhára:mi	phero:	fero:	baíran	'cargar'
o:jah	aúxo	augeo	aukan	'crecer'
jánas	génos	genus	kuni	'linaje'
dhú:mas	thúmos	fu:mys	dauna	'humo'
krávis	kréas	cruor	hrew	'carne'

Aún cuando la comparación léxica es impresionante, no fue éste el terreno en el que los filólogos fundamentaron sus observaciones. Schlegel, en su obra de 1808 *Sobre la lengua y la filosofía de los indios* ya había señalado la importancia de la comparación entre las estructuras gramaticales para determinar afinidad entre las lenguas. En 1816, Bopp publicó su obra *Sobre el sistema de conjugación del sánscrito en comparación con el griego, el latino, el persa y el alemán* y sentó las bases de lo que sería, a partir de él, la 'gramática comparada' de las lenguas indoeuropeas. A pesar

de lo revelador que resulta la comparación léxica de vocablos básicos, sólido reducto resistente al préstamo, todavía lo es más la comparación morfológica, siendo los morfemas mucho más invulnerables al cambio. Evidentes son las correspondencias en el presente de indicativo del verbo *ser*:

<i>Sánscrito</i>	<i>Griego</i>	<i>Latín</i>	<i>Gótico</i>	
ásmi	eimí	sum	im	'soy'
ási	ei:, essí	es	is	'eres'
ásti	estí	est	ist	'es'
smás	esmén	sumus	sijum	'somos'
sthá	esté	estis	sijuth	'sois'
sánti	eisí (n)	sunt	sind	'son'

La declinación nominal no es menos reveladora:

	<i>Sánscrito</i>	<i>Griego</i>	<i>Latín</i>	<i>Gótico</i>
	(‘rey’)	(‘pastor’)	(‘hombre’)	(‘hombre’)
<i>Nominativo</i>	rá:ja:	poimé:n	homo:	guma
<i>Vocativo</i>	rá:jan	poimé:n	homo:	guma
<i>Acusativo</i>	rá:ja:nam	poiména	hominem	guman
<i>Genitivo</i>	rá:jñas	poiménos	hominis	gumins
<i>Dativo</i>	rá:jñe	poiméni	homini	gumin
<i>Ablativo</i>	rá:jñas		homine	
<i>Instrumental</i>	rá:jani, rá:jñi			
<i>Locativo</i>	rá:jña			

En algunos casos establecer el parentesco genético era relativamente sencillo porque las coincidencias entre algunos de estas lenguas saltaban a la vista: el gótico y el islandés antiguo, el lituano y el letón, el italiano y el español presentan notables concomitancias. Por otra parte, no era tan sencillo formular relaciones de parentesco entre, por ejemplo, el griego y el gótico, o entre el antiguo persa y el antiguo alto alemán, porque estas relaciones no eran inmediatas, sino que se remontaban a estadios muy antiguos, no siempre atestiguados por la escritura. Fue necesario, por lo tanto, partir de la comparación para reconstruir los ‘eslabones perdidos’ en la cadena de la evolución lingüística y llegar al tronco único y original del que se suponía que se habían ido ramificando las lenguas; tronco que constituía la ‘condición de posibilidad’ que explicaba tantas semejanzas.

La lengua sánscrita o el umbral de una revolución lingüística

El método comparativo fue inicialmente esbozado por F. Bopp (1816) y R. Rask (1818), y quedó establecido de un modo explícito por J. Grimm en 1822. Consistía en el descubrimiento de constantes en el mantenimiento y en la diferenciación de las consonantes entre lenguas. Al descubrimiento de las diferencias constantes o desemejanzas sistemáticas se le conoce como “ley de Grimm”. Por ejemplo:

Sánscrito	Griego	Latín	Gótico	
sátam	hékaton	kentum	hund	‘cien’
—	kardia	kor (d)	hairto	‘corazón’
dasa	déka	dekem	taihun	‘diez’

De aquí podemos observar una correspondencia fonológica entre estas cuatro lenguas. Donde el sánscrito presenta una [s], el griego y el latín presentan una [k] y el gótico una [h]. Lo importante del caso es que estos cambios son regulares, que se producen en una gran cantidad de series de palabras y que, por lo mismo, revelaban maneras distintas (pero sistemáticas y constantes) de adaptación de un protolenguaje o lengua anterior y común a éstas. Así, formas aparentemente dispares como *dasa*, *déka*, *dekem* y *taihun* pueden ser consideradas como variantes de una forma original proto-indoeuropea (PIE *dekm). Esta correspondencia podría enunciarse como una ley de la siguiente manera:

PIE [k] ~ Sánscrito [s] Griego ~ [k] ~ Latín [k] ~ Gótico [h]

Es éste el tipo de evidencia, exhaustiva y sistemática, que utilizaron los gramáticos histórico-comparativos. Ya no se dejarán llevar por el ‘sentido común’ o la ‘razón natural’ que guiaron a los ensayistas del siglo dieciocho. No remontarán el pasado y el sentido de una palabra recurriendo a fantasiosas etimologías, ni buscarán las causas y razones del lenguaje. Tratarán, más bien, de ascender hacia una etapa común indoeuropea a partir de la observación de datos concretos y de la confrontación de los mismos. Así pues, los estudiosos del siglo XIX optaron por un saber mayormente empírico y llegaron a afirmar, como F. Bopp, que “una gramática, en su sentido más elevado y científico, debe ser una historia y una fisiología de la lengua y debe cumplir con las leyes de la Historia Natural”. Esta vinculación de la metodología de la lingüística con la de las ciencias naturales era considerada el andamiaje que a una vez sustentaba y legitimizaba la investigación lingüística. En este mismo espíritu escribió J. Grimm en 1822: “cuando se examinan más detenida y firmemente las relaciones entre las lenguas particulares y se progresa hacia

